

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CELSO FURTADO, *A Economia Brasileira: Contribuição á Analise do seu Desenvolvimento*. Río de Janeiro, Editorial A Noite, 1952. Pp. 256.

La intensa transformación económica por la que pasa América Latina está determinando el surgimiento de una conciencia nueva. No sólo han aumentado el interés por los problemas económicos y el afán de mejorar la información, sino que los métodos de análisis y las concepciones teóricas de conjunto difieren cada día más de las que rigen en los países industriales a los cuales han estado unidas tradicionalmente nuestras economías. En muy pocos casos podrá apreciarse mejor el grado de madurez y de independencia alcanzados por el pensamiento económico latinoamericano que en este libro. La obra de Furtado no sólo es muy valiosa por su penetrante análisis de la historia económica del Brasil, sino sobre todo por su contribución metodológica. Hay aquí una síntesis feliz de lógica cartesiana y conciencia histórica. El afán cartesiano de precisión y claridad lleva al autor a reducir a modelos de gran sencillez la estructura y el funcionamiento de los sistemas económicos. Al mismo tiempo su certera visión histórica lo conduce a situar esos modelos en su perspectiva adecuada. Pero situarlos no tiene un significado cronológico para Furtado, sino más bien morfológico. Cada fase de la historia económica brasileña está caracterizada por aquellos rasgos que la distinguen de las demás. Aparecen así cada una de ellas como un mecanismo distinto, con su propia dinámica. Pero al explicar el funcionamiento de las diversas formas va surgiendo con toda nitidez el proceso por el cual se pasa de una etapa a la siguiente. La dinámica comparada se integra así en una interpretación global de la historia económica del Brasil.

Los modelos que construye Furtado para cada fase evolutiva de la economía brasileña están descritos en térmi-

nos macroeconómicos, expuestos en forma bastante accesible para el lego. En cada caso se ve con toda claridad la forma y el grado en que las exportaciones, las inversiones internas, etc., determinan el ingreso nacional y su distribución. Igual de claros resultan los flujos de ingresos y gastos monetarios y su relación con los fenómenos reales y, por tanto, el origen de las presiones inflacionarias o deflacionarias.

La dosificación de categorías históricas y de análisis macroeconómico está impuesta por los propios temas. De aquí que seguramente los tres primeros capítulos resultarán más sugestivos para el historiador o el sociólogo, en tanto que la mayoría de los economistas se sentirán más en su medio en los tres últimos.

El primer capítulo es en verdad una introducción teórica cuyo punto de partida es un hecho de experiencia: el cambio cultural es más intenso en la sociedad moderna que en civilizaciones anteriores. Esto se debe a la mayor rapidez con que se transforman las técnicas productivas, que a su vez se articulan íntimamente con la acumulación de capital. Hay que buscar, pues, en esta articulación la clave del proceso del crecimiento económico.

La primera forma de crecimiento económico fue la apropiación directa del excedente de producción de unas sociedades por otras. No había aquí una relación directa entre técnica y acumulación. En las primeras economías comerciales, en cambio, había ya no una mera transferencia del excedente de producción sino un aumento de productividad, debido a la división geográfica del trabajo y a la difusión de las técnicas productivas. Desde este punto de vista cualquier reversión a la economía cerrada, como el feudalismo, por ejemplo, aparecería como una for-

ma de subutilización crónica de la capacidad productiva.

En las economías comerciales surgió así una relación incipiente entre progreso técnico y acumulación. Ésta tiende a concentrarse en los dueños de los medios de transporte que por su posición estratégica en el proceso comercial obtienen las mayores ventajas. La riqueza acumulada podía reinvertirse en la expansión del comercio, pero ésta tenía límites relativamente estrechos en el mundo antiguo. Alcanzados estos límites, la acumulación dejaba de ser productiva. Se desarrollaban entonces el atesoramiento, el consumo suntuario y una serie de complejos mecanismos de redistribución del ingreso, que oscurecían gradualmente las relaciones entre enriquecimiento y cambios técnicos. Incluso en los albores de la sociedad capitalista moderna, el caso de la economía mercantil española de los siglos *xvi* y *xvii* nos muestra un extremo de disociación de los procesos de acumulación de la riqueza y de ampliación de la capacidad productiva.

En las economías industriales la acumulación resulta de aumentos de la productividad física del trabajo, debidos a la organización directa de la producción por parte de los empresarios. Por consiguiente, el excedente que éstos retienen se origina en el proceso productivo mismo, y los estímulos a reinvertir dicho excedente están en la expansión del mercado interno. Surgen así, por una parte, posibilidades ilimitadas de aumento de la producción; por la otra, la necesidad ineludible de reinvertir, so pena de no utilizar plenamente la capacidad productiva. Las ganancias dependen en medida creciente de la posibilidad de reducir costos, es decir, de aumentar la productividad. El progreso técnico resulta ser el "imperativo categórico" de las economías industriales.

Con arreglo a estas categorías generales, Furtado procede a construir su primer modelo, correspondiente a los

tres primeros siglos de la historia del Brasil. Surge aquí la necesidad de introducir una nueva categoría derivada de las anteriores, la de economía colonial. Distingue Furtado dos tipos de colonización, la que procede de economías comerciales y la que se origina en economías industriales. La primera es una simple reproducción a escala, de su economía matriz. En cambio, la segunda supone una complementación con la metrópoli, para dotar a ésta de materias primas. La intensidad con que la colonización transforme a una economía primitiva dependerá de la medida en que haya que importar factores productivos y del grado en que se modifiquen las técnicas productivas. En general, las transformaciones serán mayores en las economías que exijan importar mano de obra, que en aquellas que sólo requieran capital y cambios técnicos. Y los estímulos externos serán mayores en la colonización agrícola que en la minera.

La característica fundamental de las economías coloniales, como lo señala acertadamente Furtado, es la tendencia a quedar estacionarias o incluso a retroceder después del impulso inicial, a pesar de que sus metrópolis continúen creciendo. Esto se debe a que el excedente de producción no es retenido en ellas, aun en los casos excepcionales en que el sector exportador sea de propiedad nacional. El estancamiento económico puede coexistir así con la exportación de capitales, aun cuando haya mano de obra disponible e incluso creciente y recursos naturales abundantes. Por consiguiente, las economías coloniales tienden a subutilizar todos los factores productivos.

Para caracterizar el tipo de colonización ocurrido en el Brasil en los siglos *xvi* a *xix*, Furtado lo contrasta con otros dos casos, México y los Estados Unidos, que representarían el éxito y el fracaso de la colonización comercial. Aunque la tesis de Furtado respecto a estos dos países es funda-

mentalmente acertada, su análisis adolece de un exceso de simplificación y de inexactitudes.

En lo que se refiere a los Estados Unidos Furtado parece pasar por alto, en primer lugar, el caso de las colonias del Sur. (La referencia a Virginia como colonia del Centro-Norte es sin duda un *lapsus*.) Las colonias del Sur fueron el primer gran éxito de la colonización comercial británica. Precisamente en Virginia se desarrolló desde la primera mitad del siglo xvii el cultivo del tabaco, convirtiendo muy pronto a esta colonia en el primer abastecedor de este producto en el mercado europeo. Vinieron después otros cultivos de plantación en las demás colonias meridionales —el índigo, el arroz, y más tarde el algodón—, que mantendría el carácter colonial de esta zona casi hasta nuestros días. En segundo lugar, las comunidades del Norte no eran tan autosuficientes como sugiere Furtado ni financiaban exclusivamente sus importaciones con pieles y maderas. Por el contrario, desarrollaron muy pronto la navegación marítima, lo que les permitió ser intermediarias en el comercio de las colonias meridionales con Inglaterra, y al mismo tiempo crear y fomentar un comercio propio con las Antillas y con el sur de Europa.

En el caso de México es sin duda correcta la afirmación de que la colonización española fue un proceso parasitario. Sin embargo, habría que indicar que la minería hizo posible la ocupación y el poblamiento del norte del país. Además, si bien los encomenderos sujetaron a la gran masa indígena a una explotación más intensa que la de los antiguos caciques, la introducción de animales domésticos permitió un cierto ahorro de esfuerzo humano y el aprovechamiento de recursos naturales (pastizales de montaña, por ejemplo) inaccesibles a las técnicas agrícolas precortesianas. Por lo tanto, no parece probable que el consumo

medio de la población haya sido más bajo en la época colonial que antes de la Conquista.

Hechos estos comentarios marginales, volvamos a la tesis central de Furtado. La colonización del Brasil tuvo rasgos en común tanto con la de México como con la de los Estados Unidos. Al igual que el caso mexicano, fue un éxito colonial, en términos de los beneficios obtenidos por la metrópoli. Pero, como en el caso de los Estados Unidos, se hizo necesaria la importación de mano de obra. El hecho de que esta última fuese esclava hizo surgir un tipo de unidad productora que corresponde al primer modelo del autor y que éste denomina “unidad colonial esclavista”.

En la unidad colonial esclavista el único elemento del ingreso nacional que fluye en forma monetaria son las ganancias de los exportadores. Las inversiones internas, a base de mano de obra remunerada en especie, no afectan al ingreso monetario, determinado exclusivamente por las exportaciones. Una economía de este tipo puede crecer sólo en extensión, es decir, ocupando cantidades crecientes de recursos naturales y de mano de obra, pero sin transformar las técnicas de producción. Además, es estable por definición, pues no se conciben en ella ni la desocupación, ni las presiones inflacionarias o deflacionarias ni los desequilibrios de la balanza de pagos.

El segundo modelo corresponde a la economía colonial cafetera. Esta nueva estructura nació en respuesta a ciertos cambios básicos de las condiciones en que funcionaba la economía tradicional. En primer lugar, se había formado gradualmente una agricultura de subsistencia y con ella había aparecido un excedente de mano de obra. En segundo lugar, como resultado de esto se había abolido la esclavitud. Por último, el progreso de los transportes hizo posible la afluencia de mano de obra europea barata.

El flujo del ingreso monetario se hizo más complejo al parecer el pago de salarios en dinero y desarrollarse correlativamente un mercado interno. El sector exportador continuó creciendo en extensión, pues la amplísima oferta de mano de obra permitía a los empresarios matener rígidos los salarios reales. Sin embargo, para la economía en su conjunto, la productividad y la remuneración monetaria del trabajo crecían con la incorporación creciente de la población rural subocupada a la agricultura de exportación y a las actividades conectadas con ella.

Al mismo tiempo, apareció la inestabilidad monetaria. El ingreso dejó de moverse paralelamente a las exportaciones, sobre todo en las menguantes cíclicas. De aquí que surgiera una tendencia inherente al desequilibrio de la balanza de pagos, acentuada por el deterioro de la relación de intercambio y por las fugas de capital. No había en el sistema un mecanismo compensatorio, por dos razones. Por un lado, los ajustes a base de movimientos de oro hubiesen exigido al país un esfuerzo excesivo para contar con reservas adecuadas a las amplísimas fluctuaciones del comercio exterior. Por el otro, los exportadores retenían en las crecientes cíclicas los beneficios de una mejor relación de intercambio, debido a la rigidez de los salarios, y en caso de reinvertirlos lo hacían en forma extensiva, ya que la abundancia de tierra y mano de obra no estimulaban cambios de técnica. En cambio, en los períodos de contracción los cafeteros "socializaban" sus pérdidas por medio de la devaluación cambiaria.

Dadas las características técnicas y de organización productiva, la economía cafetera tendía a mantener siempre un elevado nivel de ocupación y de producción. Para evitar posibles efectos perjudiciales en los precios se estableció el control de la oferta de café. Esto consolidó la posición monopólica y el poder político de los expor-

tadores, debilitó el espíritu de empresa y estorbó la evolución del mercado interno y de la producción hacia él orientada.

Si se tiene en cuenta que la producción brasileña de café llegó a ser más de las tres cuartas partes de la mundial, se comprenderá fácilmente la gran eficacia del control de la oferta como defensa de los precios. Esto no hizo sino agravar la tendencia a la sobreproducción —inevitable por falta de oportunidades alternativas de inversión remuneradora. Con la crisis mundial de 1929 el sistema se vino abajo en forma catastrófica. Surgió imperiosamente la necesidad de otro mecanismo de defensa, y se le encontró en la destrucción de existencias de café.

La destrucción del café en los años treinta constituyó, según la aguda observación de Furtado, una de las políticas anticíclicas más eficaces y de más amplitud que vio el mundo en aquella época, pese a que nunca se le señaló deliberadamente esa función. Al mantener un elevado nivel de ocupación y demanda, pese a la caída de la capacidad de importar, fomentó las sustituciones y convirtió al mercado interno en el motor fundamental del desarrollo. El desarrollo "hacia adentro" se hizo posible al principio, debido a la existencia de un amplio excedente de capacidad productiva en la industria en el momento anterior a la depresión. Posteriormente, el proceso pudo continuar debido a la rápida expansión de la industria de bienes de capital, estimulada más que ninguna otra por las modificaciones de precios relativos que la depresión trajo consigo.

La sustitución de los estímulos externos por el mercado interno exigió el sacrificio de los ajustes cambiarios como mecanismo de defensa. Esto condujo a la aparición de desequilibrios y de distorsiones de los precios relativos. Estos desequilibrios se agravaron primero con la segunda guerra mundial, y después con la recupera-

ción de los precios del café. El control selectivo de las importaciones y la persistencia de un tipo de cambio fijo durante varios años, acentuaron aún más los desequilibrios, cuyo efecto se hacía notar sobre todo en la distribución del ingreso, que sucesivamente favoreció a los exportadores y a los industriales. En todo el proceso la agricultura actuaba como amplificador de los desequilibrios originados en el exterior, debido a su doble orientación, hacia las exportaciones y hacia el mercado nacional. En cambio, la expansión de crédito jugaba un papel pasivo, inducida por las presiones inflacionarias resultantes de aquellos desajustes reales.

Destacan dos conclusiones de este penetrante análisis que hace Furtado de estos fenómenos recientes. La primera es que la economía brasileña tiene hoy una estructura más inestable que en épocas anteriores. La segunda es que en la medida en que se presente la antinomia estabilidad-desarrollo lo último que puede sacrificarse —pese a la ortodoxia monetaria— es el crecimiento de la economía.

Habiendo completado su panorama histórico, el autor vuelve al campo de las ideas generales, en busca de la teoría que sirva a los economistas que participen activamente en el futuro desarrollo de su país (y de los demás de América Latina, agregaríamos nosotros). A este propósito dedica el capítulo final del libro, que se inicia con la descripción de un modelo numérico de desarrollo económico en que la variable independiente es la acumulación del capital. Cabe aquí observar de paso que la econometría y la construcción de modelos están a la orden del día. Cada vez es más frecuente la tendencia a reducir a esquemas excesivamente mecánicos y simplificados cualquier problema económico. La manía de construir modelos hace recordar al famoso físico inglés Lord Kelvin, que declaró en una ocasión que él no podía entender ningún fenómeno

no que no se pudiera representar por una analogía mecánica. Furtado no ha caído en esta trampa. En su modelo el álgebra está traducida a una prosa cuya fluidez y transparencia difícilmente podrán ser igualadas en tan árido terreno. Pero lo que es todavía más importante, su modelo no es intemporal, está inmerso en el flujo de la historia. Más aún, es un modelo que sirve para interpretar racionalmente la historia, ya que en definitiva ésta se rige por el proceso de acumulación del capital.

Después de construir su modelo, nuestro autor juzga indispensable una exposición crítica de las teorías de la acumulación (o del desarrollo) desde los clásicos hasta los postkeynesianos. Antes de emprender este examen, Furtado hace una breve digresión sobre los ingredientes históricos y lógicos del método de análisis usado en la economía. La abstracción resulta ser particularmente fecunda para explicar la forma en que se distribuye el ingreso; la historia, en cambio, se hace indispensable para entender el proceso productivo. De aquí que sea comprensible que, al tratar de explicar un mecanismo de distribución que se ha considerado el mejor posible, se haya perdido gradualmente la perspectiva histórica y se transforma cada vez más la ciencia económica en una mera preceptiva.

A la luz de estas ideas resulta muy clara la explicación que da Furtado del poco interés que los clásicos, después de Smith, mostraron por el desarrollo. La economía política clásica fue en esencia una polémica sobre la distribución, nacida al calor de la lucha de los empresarios industriales contra los latifundistas en los comienzos de la revolución industrial. Ricardo descuidó explícitamente el problema del desarrollo, pero Stuart Mill, que no tenía más remedio que plantearse, llevó a sus últimas conclusiones los argumentos ricardianos y concluyó que la humanidad tendía a un estado estacionario.

La teoría clásica tenía otra salida, más lógica y más acorde con la realidad histórica: la que encontró Marx. Sin embargo, esta salida suponía una crítica de raíz del orden existente. Para sortear la incómoda situación que así se les planteaba, los más ortodoxos continuadores de los clásicos arrojaron por la borda la teoría del valor-trabajo y acentuaron su enfoque distributivista. Más marcada fue, por consiguiente, la ausencia de una formulación de los problemas del desarrollo entre estos economistas neoclásicos, a los que nuestro autor engloba bajo el epígrafe de teóricos del equilibrio general. (Por cierto que incluir en esta denominación a Marshall resulta excesivo, poniendo a la par su difuso pensamiento con la explícita y congruente formulación matemática de Walras.) La falla principal de los neoclásicos en materia de desarrollo radicó, a juicio de Furtado, en su incapacidad para explicar adecuadamente las ganancias de los empresarios. De aquí resultó una teoría del ahorro artificiosa y apologetica. En la ironía de Furtado, para esta escuela "... la explicación última del progreso económico estaría en la buena disposición de algunos ciudadanos beneméritos para una forma u otra de sacrificio" (p. 226).

Si la falla de los neoclásicos estuvo en no explicar las ganancias, Schumpeter, que intentó construir una teoría del desarrollo a partir de ellas, parecería destinado a llegar a una formulación más acorde con la realidad. No la logró, sin embargo, por la falsa universalidad y por la imprecisión de sus categorías fundamentales (crecimiento, desarrollo, innovación, etc.) y por el excesivo nivel de abstracción en el que se movió. Al aislar las innovaciones de la acumulación del capital, Schumpeter perdió de vista que el efecto dinámico del progreso técnico está en la propagación y no en la invención.

Dentro del marco keynesiano hubo inicialmente poco o ningún interés

por los problemas del desarrollo. Sólo en los últimos años Harrod, Domar y algunos otros se han preocupado de su formulación dentro de las líneas establecidas por el ilustre autor de la *Teoría General*. No obstante, Furtado, con muy buen criterio, escoge entre los primeros keynesianos al que hizo más por integrar los nuevos esquemas teóricos dentro de una explicación del funcionamiento a largo plazo de una economía nacional concreta y determinada. Se trata de Alvin Hansen y de la teoría de la "madurez económica". Esa teoría tuvo cierta utilidad innegable para explicar la realidad económica norteamericana de los años treinta. Fuera de esos límites de tiempo y lugar, su validez desaparece.

De esta rápida, pero fructífera excursión por la historia de las ideas, concluye Furtado que las teorías del desarrollo han ocupado generalmente un segundo plano en las preocupaciones de los economistas y que, en todo caso, han sido más bien teorías del estancamiento que del desarrollo. La raíz de esta persistencia de la ideología malthusiana la encuentra el autor en la manera misma en que los economistas se han planteado el problema. De aquí se deriva una conclusión importantísima, y una de las mayores contribuciones de este libro a la higiene mental de los economistas jóvenes de América Latina. Escuchémosla: "Antes que abandonar sus preconcepciones y posiciones establecidas a priori, los economistas, de manera general hasta hoy, han preferido aceptar la idea milenaria de una tendencia al estancamiento. Esa actitud es la responsable del atraso de los trabajos de carácter científico que enfocan directamente los problemas del desarrollo. El gran esfuerzo que actualmente se realiza para llenar esa enorme laguna podrá abrir perspectivas enteramente nuevas a la ciencia económica" (p. 248).

JUAN F. NOYOLA VÁZQUEZ